

para distribuirlos en la nueva Iglesia, y nombró un Consejo de gobierno, en el cual predominaban los fieles á la fé triunfante sobre los fieles á la fé vencida y antigua. Demás de todo esto, María confirió la dirección política á su hermano bastardo lord James, quien, perteneciendo al calvinismo, tenía la persuasión de que necesitaba Escocia en aquel crítico período un apaciguamiento de las pasiones religiosas, propio para robustecer el débil reinado de una joven y ahuyentar en lo posible las guerras civiles y sus irremediables catástrofes. La concesión única de lord James á su hermana, reina sólo de nombre, fué la libertad completa de su culto particular y privado. María pudo consagrarse al ejercicio y prácticas de su religión personal en lo más recatado y oculto de su palacio, donde la privación propia del recato y del silencio aumentaba la intensidad íntima de su fe, y la pena terrible, al verse constreñida, reina de nacimiento y gobernadora de derecho, á pactar con el error y con el pecado en las tristes exigencias de una espantosa política. Imposibles medidas tan radicales atentatorias á creencias antiguas sin promover hondas y cruentas desavenencias. Las dos familias más cercanas al trono, la familia de Gordon y la familia de Hamilton, resistieron á las innovaciones, como se resistía entonces, con los medios propios de aquel tiempo, con guerras crueles, que dejaban tras sí el saco, el incendio, la matanza. Gordon podía poner en pie de guerra veinte mil de aquellos soldados feudales, que semejaban á los brutos carniceros, y mediase de igual á igual con la corona y sus ejércitos. Hamilton poseía una de aquellas dignidades, en cuyo seno se guardaba el espíritu y la fuerza de un verdadero Estado, aparte, aunque dentro, del Estado monárquico. Las dos familias poseían el Norte y Oeste de la feudal Escocia, y disputaban al trono su autoridad y sus privilegios. María, conforme con ambas en religión, estaba en política de todo en todo disconforme, y no podía tomar el desconocimiento y la debida obediencia en el reino á sus reales mandatos. Así, la diosa de los jardines de Francia, sólo acostumbrada en su plácida juventud á juegos y placeres, tomó aires de general como una verdadera y grande amazona, poniéndose al frente de sus tropas en armas para dirigir en persona la guerra. Ni lo duro del cielo escocés, ni los apretados bosques, tras los cuales aquellas rebeliones continuas se parapetaban, ni las breñas resguardadoras del odio señorial, intimidaron á la joven soberana, que asistió al combate como pudiese asistir un varón militar, y derramó la sangre de sus vasallos con el mismo elegante descuido con que pudiera derramar el vino en sus antiguos festejos. Los nobles católicos fueron vencidos en aquella contienda, y sus familias de aquel suelo extirpadas por la mano de una Reina, quien debía ser en lo futuro mártir primera y principal del Catolicismo.

Bien es verdad que María tomaba en todo los consejos y seguía los acuerdos de su hermano, lord James, á quien elevara tras aquellos conflictos, si no en poder en riqueza é influjo, al darle con generosidad el condado cuantioso de Murray. Jefe de los protestantes el bastardo, presidía por esta jefatura el partido Inglés en Escocia. Y María, deseosa de sen-

tarse alguna vez sobre los dos tronos de Inglaterra y Escocia, reunidos bajo sus plantas, acariciaba mucho la idea de ser declarada oficialmente por su prima Isabel heredera única suya, como de su misma sangre, y su más próxima parienta. En verdad, si por Tudor se asentaba en el Trono Isabel, Tudor era también María. Y si la una se llamaba nieta del séptimo Enrique, también la otra lo era; discurriendo la misma sangre por sus regias venas. Muy tentador, en efecto, para joven princesa de las ambiciones que latieran vehementes en su corazón, tener el honor de unir dos antiguos reinos, á cuya sucesión presentaba tradicionales y valiosos derechos. Soltera Isabel; repulsiva por su naturaleza propia ó por sus propensiones políticas al matrimonio; sin hijos ni descendencia de ninguna clase; harto absoluta para combatir su autoridad personal con ningún príncipe de la tierra; ni atendía, ni desahuciaba las pretensiones de su ambiciosa compañera. Y muy cautelosa y muy pérfida, las enardecía y exacerbaba de continuo, cuando menos propósito guardaba de satisfacerlas. María, en los desasosiegos naturales á su inquieta complexión y en el ardor extremo de sus desapoderadas ambiciones, cándida en el fondo, á pesar de la doblez instintiva con que nacen casi todos los llamados al trono, hijos del disimulo y en el disimulo educados por imposiciones propias de toda verdadera corte; pedía con grandes instancias á la Reina una declaración en su favor que produjese la firmeza definitiva de ambos tronos. Murray mismo, á pesar de su mayor prudencia, hostigaba frecuentemente á Isabel para que declarase cosa tan saludable á las dos princesas, quienes, bajo dos solios de dos hermosísimos reinos asentadas, podían regirlos con un espíritu solo, y un solo propósito, para juntarlos luego bajo la misma denominación y el mismo Estado, aumentando así, con la propia personal grandeza, el esplendor y el poder y el nombre de la patria. Isabel escuchaba todas estas cosas, cual escucha un frío matemático las místicas expansiones de un poeta; y requería el cumplimiento de aquella olvidada concordia entre las dos Reinas, conocida con el nombre de Edimburgo, tan odiosa de antiguo al corazón de María, y tan alejada por las circunstancias varias y los varios sucesos de aquel supremo instante. Así, la confianza de María Estuardo en su hermano Murray crecía según crecían sus ambiciones de llamarse pronto heredera única del trono británico. Pero con estas demandas inoportanas, en realidad alimentaba los celos de Isabel, descubriéndole, sin quererlo, el fondo de sus ambiciones, y engendrando una peligrosa rivalidad. Nada más curioso que la trágica lucha entre aquellas dos contrarias almas. Isabel y María no hubieran podido jamás encontrarse, á causa, tanto de la repulsión de sus respectivas posiciones, como de la discordancia de sus respectivos caracteres. La Naturaleza no ha engendrado jamás dos personalidades más opuestas, como si las hubiera querido destinar desde sus cunas á la personificación de dos causas enemigas. Si no hubieran luchado por razón de sus ambiciones, de sus nacimientos, de su sangre, de su educación, de sus creencias, de su culto, lucharán por razón de la guerra latente de suyo en sus dos con-

tradictorias naturalezas. Aquellos principios opuestos, que las teogonías orientales deificaban allá en sus templos, habían subido á dos tronos cercanos, y queriéndolo de veras, ó sin quererlo, habían personificado nada menos que dos creencias y dos Iglesias en un todo enemigas. De consiguiente, la lucha debía sobrevenir entre las dos princesas, y la una predominar sobre la otra, en grande y pavorosa tragedia.

Como todos estos combates originados por causas permanentes han de obedecer en su determinación á una causa ocasional y segunda, el matrimonio indispensable de María Estuardo, viuda y reina joven, hizo estallar de un modo manifiesto aquella rivalidad cruel, que concluyó por consumir á una de las dos rivales. ¡Ah! La Estuardo no podía continuar en su estado, ni cambiarlo, sin graves peligros en uno y otro caso de su reino: que tal suerte se deparan los pueblos ligados á la vida y á la fortuna de una sola personalidad ó de una sola familia. Dada por completo al placer, exigía su vida toda entera que un matrimonio legítimo, fundado en el amor, le granjease la consideración y el respeto de sus vasallos. La corte ardía en fiestas. Las hijas más hermosas del patriciado feudal y los más rendidos caballeros poblábanla de sus gracias y de sus amores. Música, danza, poesía la circundaban, dándose las manos sobre su frente, como las Musas del Parnaso antiguo sobre la frente de los poetas clásicos. Nada la embebecía tanto como recitar los mejores versos franceses al son de las arpas y de los clavicordios. En vano la sistemática y perdurable austeridad, propia de los calvinistas; vejaba esos divertimientos con acres palabras desde las alturas del púlpito; María continuaba persistente, por necesidades imprescindibles de su compleción física y moral, en esos torbellinos continuos. Móvil, riante, placentera, con la sonrisa en los labios, que parecían destilar la miel de todas las gracias; provocativa, no sólo en sus actitudes un tanto sueltas sino en sus palabras un tanto temerarias también; exponíase con facilidad en este peligroso comercio á galanterías que rayaban muchas veces en irreverencia y descomedimiento. Un capitán de su propia guardia, incitado por estas provocaciones é impremeditadas libertades, tuvo que huir, por no encontrar en los tribunales de la orgullosa Reina el castigo tremendo, y quizá justo, á sus brutales atrevimientos con la débil mujer. La historia de Chastelard parece una imaginada novela. Mozo de afectos ardientes, su audacia en la guerra iba de inclinaciones amorosas acompañada, como sucede á la continua en el seno de la naturaleza, donde tan cercanos se hallan siempre odio y amor. La sangre de Bayardo, el caballero sin tacha, corría por sus venas; y las inspiraciones del Renacimiento anidaban todas á una en su fantasía, Nadie tan apuesto en el torneo, ni tan sabio en el certamen: como que así esgrimía la espada cual pulsaba la lira, é iba en pos de los empeños del combate como en pos de los empeños del amor. Mozo tan gentil no podía faltar en aquella voluptuosa corte; y, al presentarse allí, no podía menos de obtener grandes triunfos. Su atrevimiento llegó hasta dedicar versos amorosos á la Reina; y la torpe ligereza de la Reina llegó hasta responder con otros á

tales versos, Excitado por las conversaciones un tanto libres allí en uso, atreviöse á sentir una pasión profunda, sin hallar cosa ninguna que pudiera disuadirle de su atrevimiento. Lo cierto es que al poco tiempo de residir en la corte, ninguno de los gentiles-hombres privaba tanto como Chastelard, ni tenía su privilegio de quedarse á solas con María en apartada secreta intimidad. La Reina le sonreía, le halagaba, entreteníase, con olvido completo de su dignidad, en provocarle á cánticos amorosos y en sostenerle sin piedad con esperanzas que no podían cumplirse sin desdoro. Una tarde, al pasar junto á él, hizo como que se apoyaba en su brazo; y tomando el gentil-hombre aquella imprudente familiaridad por ciega confianza, escondióse la noche misma bajo el regio lecho. Al recogerse María Estuardo topó con él, y le impuso, por todo castigo, un destierro de la corte. Mas no se deterró. Hizo precisamente, con tenaz empeño, todo lo contrario: siguió de lejos á su amada, consagrándole así los suspiros más tiernos como los versos más ardorosos. Y en la ceguera de su pasión, volvió nuevamente á ganar el cuarto de la Reina, y á esconderse bajo su cama. María no echó de ver su presencia sino en el momento mismo de acostarse; y herida su dignidad de Reina y su honra de mujer, llamó á gritos socorro, para que prendieran al importuno y le castigasen por esta imperdonable reincidencia. El conde Murray, primero en acudir á las voces, hubiéralo allí mismo apuñalado sin tardanza, de obedecer los imperiosos mandatos de la ofendida quien deseaba castigar como crímenes, agravios por sus propias ligerezas provocados. No lo mataron allí, en el acto; pero lo condujeron á dura prisión, tratándolo como un verdadero reo de Estado. A los tres días del suceso, alzábase un cadalso para castigar un amor. Nieto de Bayardo, murió el cuitado como un cumplido caballero, con la sonrisa en los labios, la serenidad en el continente, la pasión en el pecho, la conformidad en el ánimo, el regocijo en lo interior de su conciencia, recitando versos franceses, como si aún estuviera en Palacio y entre placeres, diciendo tan sólo, al descubrir tablado y verdugo, con la cuchilla sobre la cabeza y el tajo bajo la garganta, fijos los ojos en el cielo, para espirar: «¡Oh, ingrata hermosura!»

Todas estas aventuras fomentaban mucho las murmuraciones y todas estas murmuraciones desavenían á la Reina de su pueblo y quitaban prestigio á su persona y autoridad á su nombre. Precisaba, pues, casar lo más pronto posible á María Estuardo. Así lo comprendía el gran estadista en quien reposaba la corona, el célebre conde Murray. Pero el casamiento de una Reina, en aquellas extraordinarias circunstancias, resultaba negocio de mucha monta por el estado terrible de nuestra Europa. Cuatro años duraban las negociaciones y no iban á ninguna parte y no daban resultado ninguno. En cuanto se decía de casarla con príncipe luterano, alarmábanse los católicos; en cuanto se decía de casarla con príncipe católico, ponían su veto luteranos y calvinistas, poseedores, á la verdad, en aquellos momentos de la exaltada Escocia. Un español, encontraba la oposición de Francia y de Inglaterra; un francés, la oposición de Inglaterra y España. Isabel Tudor no

quería ver los tiempos de Francisco II renovados, aquellos tiempos en que los Valois se llamaban á sí mismos reyes británicos. Y Felipe II, atento á que no se agrandasen las dos grandes potencias occidentales, ofrecía su auxilio á Francia en todo proyecto que pudiera de algún modo servir al predominio de Inglaterra; y su auxilio á Inglaterra en todo proyecto que pudiera servir al predominio de Francia. Con mucho dolor lo decía el Rey católico, por tratarse de Reina luterana, pero confesaba sin vacilaciones que, si dura el matrimonio entre Francisco II y María Estuardo, hubiera tenido él que ofrecer su formidable apoyo á Isabel de Inglaterra. Todas las cortes europeas presentaban algún candidato á la mano de María: España, nada menos que todo un Príncipe don Carlos, heredero entonces de tanto imperio; Austria el segundo entre los archiduques; y nombramos tan sólo en este reducido cuadro á los más valiosos pretendientes. ¡Cuánto no se agrandaría el peligro de un matrimonio anti-británico á los ojos de la egoísta y calculadora Isabel, que propuso para esposo de María Estuardo á su propio predilecto amante, al Conde mismo de Leicester! María vacilaba mucho. Mujer, necesitaba un esposo del corazón; Reina, reconocía que necesitaba un esposo impuesto por motivos y razones de política y Estado. En tal persuasión profundísima, ninguno de los pretendientes á su mano le parecía tan bien y le cuadraba tanto como nuestro príncipe don Carlos, heredero de aquel vasto imperio, que llevaba el mar como un manto en sus espaldas y el sol como un diamante en su corona. Rocelosa siempre de su prima Isabel; amedrentada tanto de la superioridad de su fuerza como de la superioridad de su inteligencia; comprendía como, para mermar su poder, necesitaba alzar tras la Escocia el inmenso imperio de nuestra España, y para combatir su fe la flamígera espada esgrimida como un cometa del Apocalipsis hebreico sobre las sienes de tantas ciudades protestantes. Por consecuencia la elección suya recaía en el heredero de España. Felipe II acarició también por largo tiempo esta idea, pero le obligaron á desistir, las enfermedades corporales de su hijo, el tumulto de aquellas pasiones sin cauce, los torbellinos de aquellas ideas sin lógica, los bruscos cambios de aquella naturaleza y complexión sin base, los desórdenes de aquella vida sin método, las propensiones de aquel corazón helado y los desmanes de aquel enfermo cerebro. Pretextando haber sabido que aspiraba el archiduque don Carlos, predilecto primo carnal suyo, á la mano de María, retiró la pretensión de su hijo; pero María, de no pactar un matrimonio de Estado y con carácter político, deseaba pactar un matrimonio de inclinación que le granjease la ventura doméstica en su palacio, al fin y al cabo, un hogar. Deploró, pues, que no se arreglara el matrimonio con don Carlos de España, y desahució inapelablemente á don Carlos de Austria. Cuantos más candidatos al trono de Escocia y al tálamo de María pasaban desahuciados, más seguidamente sobrevenían demandando la codiciada hoara. Hasta dos reyes del Norte la pretendieron; el Rey de Suecia y el Rey de Dinamarca. En la corte misma de Roma, Papas varios idearon unirla con príncipes como don Juan

de Austria. Isabel comprendía todos los peligros que para Inglaterra encerraban estos proyectos; y exigía con verdaderas instancias un matrimonio británico. Y como ya lo hemos dicho, llevaba la increíble abnegación de su persona en aras del Estado al extremo de ofrecer su propio amante á la elección de María. Ésta, indignada en su orgullo de que le designasen vasallo ajeno para marido propio, indicó á Isabel que bien podía ella legitimar por matrimonio un cariño tan arraigado en su corazón de antiguo, según el universal sentimiento. Isabel respondió, con la destreza que acostumbraba en la urdimbre y logro de todos sus empeños, cómo, de casarse, escogiera siempre Leicester, con quien nunca se uniría por conservar su independencia personal y propia en las alturas del trono, y tener por heredera única en su muerte á la Reina de Escocia. Ésta, de continuo anhelante por dignidad tan codiciada, sugería con porfiado empeño á su embajador la idea de aceptar á Leicester por marido, si la Reina de Inglaterra, su prima, la designaba públicamente por única heredera. Isabel, en su astucia redomada, sonreíase con sarcasmo cuando columbraba en sus salones al embajador de Escocia y le ponía un mote ingeniosísimo, le llamaba *campana de agonía*, porque doblaba de continuo á muerto. En estas, dos partidos surgieron por Escocia, como suele suceder en todos los pueblos perturbados, ocasionadísimos á producir y organizar agrupaciones fugaces alrededor de cualquier proyecto y de cualquier acontecimiento. Murray era el jefe de los partidarios del matrimonio inglés, como Atobera el jefe de todos sus enemigos. Lethington, embajador de la Reina María en Londres, no miraba sólo á la ventura particular de ambas Reinas, sino á la unión de Inglaterra y Escocia, diciendo que si lograba el grandioso intento, su gloria personal eclipsaría la gloria del valeroso Eduardo I, que conquistó á Escocia para los ingleses, y aun á la gloria de Roberto Bruce, que reconquistó en porfiadísimas batallas Escocia por los escoceses. El combate interior sostenido por Isabel, retrasando la resolución definitiva, malogró todos los intentos. La razón de Estado constreñíala con su fuerza incontrastable á ceder el amante para marido á su prima; mas, jefe del Estado y mujer al mismo tiempo, cuando los plazos se cumplían, cuando se acercaban los momentos de tan gran sacrificio, iba poco á poco retrocediendo en sus propósitos, y acababa por inapelables negativas. El ruidoso litigio consistió en esto, en pretender María que se la declarase antes del matrimonio heredera, y en pretender Isabel que sólo debía declararla después del matrimonio. Así llegó á frustrarse tan extraño proyecto.

Había entonces en el destierro un joven á quien su nacimiento daba ciertos títulos para justificar enlace regio. Era éste lord Enrique Darnley, conde soberano de Yemvox, perteneciente á la casa misma de los Estuardos y nieto de Margarita Tudor, augusta viuda de Jacobo IV. La sangre de Isabel y la sangre de María circulaba por sus venas. Los dos regios apellidos ingleses entroncábanse á una con su nombre. Blanco, rubio, sonrosado; de una belleza poco varonil, pero atractiva; de un temperamento dulce y afable, con-